

FRAY GERUNDIO.

Epístola 2.ª

Antesala de la Gloria,
o sea Sevilla 6 de marzo
de 1841.

ANTIGUEDADES Y MODERNIDADES.

Carísimos lectores y hermanos míos en el señor:
antes de hablaros de la patria de Murillo y de Corti-
na, célebres pintores de la escuela sevillana, aunque
en épocas distantes, y en diferentes jéneros de pin-
tura, no puedo menos, yo Fr. Gerundio de Campazas

y de Carabanchel de Abajo, el de las Ruedas de hace un año por ahora, de informaros acerca de algunas de las muchísimas observaciones que á mi paternidad suministró la antiquísima ciudad de Córdoba.

Córdoba es una ciudad de recuerdos, es una historia antigua, que como habia de estar encuadrada en viejo y arrugado pergamino, se conserva en un libro de calles, callejuelas y callejones, cuyas páginas son una edicion confusa de casas y edificios tan discordes entre sí, que no se encuentra una casa parecida á otra: cada una está construida por un sistema particular: si las opiniones que dividen á los liberales de España se pudieran convertir en casas resultaria una gran Córdoba, en su conjunto. La libertad mas amplia, mas individual, se conoce que ha presidido á la construcción edil. Córdoba está desmintiendo continuamente el adajo de, «en la variedad está el gusto.» Y me alegro del desengaño, porque ya mi paternidad era del mismo parecer. Esto no les gustará á los que quisieran que cada dia nos vistieramos bajo una nueva forma de gobierno, pero no sino andémonos buscando variedades y probando formas, y veremos la materia que resulta.

Desde la estancia en Córdoba del cónsul Marco Claudio Marcelo hasta la invasión de Fr. GERUNDIO Y TIRABEQUE se encuentran allí á cada paso reminiscencias de todas las épocas notables de España. Aquí le enseñan á uno la casa donde vivió el último pretor romano y la columna donde se publicaban las subastas, y allá le señalan la casa donde estubo alojado el rebelde Gomez, el sitio donde los nacionales mataron á Villalobos, y los agujeros de las balas que los

facciosos dirigian á los nacionales. Los vestigios y tradiciones de la dominacion árabe se refieren al viajero mezclados con la memoria de la dominacion del intendente Garcia Hidalgo, el califa del año 40 en Córdoba, de quien se cuentan mas fechorías que de todos los antiguos Abderramanes juntos, y que si hubiera seguido algun tiempo mas, pienso que la Constitucion del año 37 se hace en Córdoba un libro que rijió allí en cierta época como el Coran. Con la noticia de las escuelas donde estudiaron los Sénecas y los Lucanos y las academias de donde salieron los célebres Aberroes y Avicenna, y Abu-amar, y Aben-ezra, y los Kimkis y los Maimónides y los Rambauí, se dan tambien al forastero, curiosos por menores del cronicón de los veinte y ocho jefes políticos que allí llevan. La historia de la gloriosa conquista del rey D. Fernando tercero vá á rematar hasta el desarme de la milicia nacional por el comandante general Calzada, cuya separacion debida al pronunciamiento de setiembre fue mas agradecida en Córdoba que la espulsion de los moriscos. Cuando mi reverencia entró en el palacio episcopal, creyó desde luego encontrarse con algun monumento dedicado á la memoria del famoso obispo Osio de Córdoba presidente del primer concilio jeneral celebrado en Nicéa, mas lo primero que ví fueron unas niñas que por allí andaban; y que supongo serian familia de algun dependiente del actual obispo, nuestro patriarca, que reside en Madrid. Vi con mucho gusto las dos magníficas galerias de retratos de todos los obispos de Córdoba, y con no menos placer ví tambien poner á enjugar al sol unos pañueli-

;

tos y camisitas de niños, cuyo adorno no había puesto el pintor Juan Alfaro en ninguno de los retratos de los prelados antiguos. De esta manera se iban agolpando en mi gerundiana imaginación al recorrer á Córdoba las observaciones de lo antiguo, y lo moderno, de lo pasado y de lo presente.

El empedrado de las calles de Córdoba es un empedrado epigramático; esto es, hecho de unas piedras tan agudas como los pensamientos de un epigrama, y tan desiguales que parece que el hermano Luis de Góngora, natural de aquella ciudad, compuso sus poesías paseando por las calles. Tirábese se veía y se deseaba para andar sobre aquellas piedras gongorinas, si bien es verdad que esto le favorecía para disimular su cojera, pues allí todo el mundo tiene que andar á lo Tirabese. Son contadas las calles en que hay losas ó aceras, pero al actual ayuntamiento parece que piensa birlas acerando. El temor que tengo es de que como el proyecto versa sobre piedras no se petrifique el pensamiento, como comunmente acontece en España.

En Córdoba ha habido dos centralizaciones, una de dinero y otra de santos: la primera ha producido el pago de dos mensualidades en poco tiempo á las clases pasivas (cosa que mi paternidad activa supo con mucha satisfacción); pero como no hay reglas sin escepcion, los esclaustrados y cesantes del gobierno político se han quedado fuera; la centralización para ellos ha sido un entrés en que no pudieron ir porque nada rezan de ellos las órdenes del ministerio á la intendencia: olvidos

naturales que se padecen en las secretarías. La segunda centralización ha producido la desaparición de las luces en Córdoba, pues es de saber que en aquella ciudad había desde muy antiguo como unos trescientos santos (algo mas que menos) colocados en las esquinas ó en las paredes exteriores de las casas, cuyos inquilinos externos estaban de noche perpetuamente alumbrados con multitud de faroles que iluminaban toda la población. Mas desde que por disposición del gefe político se han movlizado los santos y concentrado en los templos, se ha quedado la ciudad cuasi á oscuras, reducida á un mezquino alumbrado que fenece á las once de la noche, y cuyos diseminados faroles son ahora perseguidos de muerte por el pueblo bajo en desquite de la santa emigración.

En verdad en verdad os digo, amados fieles míos, que yo no entiendo qué clase de libertad es la que se goza bajo este gobierno, en que ni á los santos se les permite vivir separados, ni á los hombres se los deja estar reunidos. Dígalo sino la órden de la Regencia prohibiendo las sociedades patrióticas, aquellas mismas sociedades que algunos de los mismos ministros, cuando no eran ministros ó fundaron ó sostubieron.

Aprended, hombres, de mí
 lo que va de ayer á hoy,
 mientras ministro no fuí
 á las Juntas asistí,
 y hoy contra las juntas doy.

Sin embargo algunos santos han permanecido en sus puestos, no porque ellos hayan opuesto resistencia á la centralizacion como los valencianos y barceloneses parece se resisten á la disolucion de sus juntas patrióticas, sino por empeños y recomendaciones, que hasta á los santos sirven las recomendaciones y los empeños. De este número son el santo señor que está en el arco real (que allí los arcos todavia no son nacionales) el cual sudaba sangre en los años del despotismo de sentimiento de que todavia hubiesen quedado liberales vivos (asi se lo persuadian los frailes y las beatas á los sencillos cordobeses); el Cristo de la esquina del horno de que mi paternidad habló en la capillada 321, cuyo hornero llamado Juan Amigo regaló á TIRABEQUE una gran cesta de sabrosos bollos ó tortitas, por lo cual decia PELEGRIN que el hermano Amigo siempre sería para él un buen amigo; y otras varias efigies que han podido obtener el favor de ser respetadas. Pero no quedó el Jesus Nazareno de la Zapateria á quien cantaban el viernes santo pasado sus devotos:

Ya llegó al monte Sidon
 el verdadero Mesidas,
 á cumplir las profecidas
 que le mandó Simedon.

Tirabeque

Y EL ZANCARRON DE MAHOMA.

Uno de los primeros días lo consagré á ver la famosa catedral, para cuya inspeccion era muy natural que llevara á TIRABEQUE. Entramos por el patio de los ministros que así llamaba el socarron de PELEGRIN, aunque su verdadero nombre es *patio de los naranjos*, no porque los ministros tengan, creo yo, analogia alguna con aquellas plantas, sino por la circunstancia casual de estar poblado de unos ciento y tantos pies de aquellos árboles, que es el número de ministros que hemos tenido en esta última época ministrera. Antiguamente parece que le embellecian tambien altas y frondosas palmas, símbolo de las victorias, las cuales arrancó el huracan de 1822, que los huracanes son muy apropósito para dar por tierra con las victoriosas palmas que no se pongan á su abrigo ó se mantengan espuestas á su azote.

Cuando entramos en lo interior del templo quedóse TIRABEQUE estático de ver las 850 columnas que sostienen aquellos arcos arábigos dobles, y tan inmóvil se me quedó que parecía constituir él la columna ochocientas cincuenta y una, si bien de una arquitectura irregular que no pertenece á ningun

orden conocido. «Aquí tienes, PELEGRIN, le dijo luego que salió de su asombro, un templo que reúne una porción de épocas heterogéneas y distintas. Esta es una catedral compuesta de los vestigios del templo de Jano....—¿Del Sr. San Jano, mi amo?—De Jano, si no de San Jano, que este Santo desde que se acabó la guerra perdió la santidad; y eso era en tiempo de la dominación romana: que conserva mucho de la antigua mezquita de los moros, la más famosa entre ellos después de la de Meca; que después se convirtió en templo de los cristianos, y aun del tiempo del cristianismo abraza diferentes épocas, porque este coro y este artesonado y esta capilla mayor ya ves que es cosa bien moderna, y que no se parece en nada á lo que se conserva del tiempo de la conquista.—Señor, esto no piense vd. que me admira nada, porque conozco yo muchos hombres como esta catedral.—¡Muchos hombres como esta catedral! Mira lo que dices, PELEGRIN, que aunque estás en Andalucía creo que no autoriza el suelo para llevar las exageraciones á tan estremado punto.—No me ha entendido vd., señor; digo que conozco muchos hombres que al simil de esta catedral reúnen en sí muchas épocas y muy altirogenias, porque ellos han conservado las columnas de sus empleos en tiempo de los reyes absolutos, y en tiempo de todas las constituciones que Dios nos ha dado, y en tiempo de todos los tiempos lo mismo moderados que progresistas, y pienso que no les daría cuidado conservarlos en tiempo de los moros, si volviera otra vez la morería; en una palabra, señor, hombres

como la catedral de Córdoba, que hacen á todos los cultos.

La llegada de algunos canónigos, y aun racioneros y capellanes que tubieron la bondad de ofrecerse á acompañarnos, interrumpió á TIRABEQUE en su sistema favorito de las comparaciones. Seguimos por el templo adelante, como quien pasea por entre una alameda de pinos, que tal semejan las filas de columnas y multiplicadas naves, y lleváronnos á enseñarnos la famosa capilla de Villaviciosa, donde se celebró la primer misa católica despues de la conquista de San Fernando. Pero ni los preciosos mosaicos, ni las dovelas de resalte labradas de estuco de esta capilla, ni las antiguas bellezas artísticas de otras, arrancaban la admiracion de TIRABEQUE que solo preguntaba con interés por el *Zancarron de Mahoma*, objeto para él de preferente curiosidad. No tubieron reparo los hermanos capitulares en satisfacerla, y dirigiéronnos á la capilla llamada vulgarmente del *Zancarron*, no sin ser objeto de las atentas miradas de las mugeres y otras gentes curiosas que habian ido á la catedral á ver á FR. GERUNDIO y TIRABEQUE, como FR. GERUNDIO y TIRABEQUE habian ido á ver la catedral.

La capilla del *mihrab*, ó lugar sagrado, es obra de esquisito gusto y primorosas labores, que mi paternidad no puede detenerse á describir. Solo diré que hay en ella unas columnas semejantes á los proyectos y reformas de nuestro gobierno, porque sus bases estan al aire; con la diferencia que aquellas, aunque por lo muy salientes parece que

†

no tienen donde descansar, sin embargo sostienen muchísimo peso, y en esto consiste su mérito admirable; y estas aunque muy entrantes, en lugar de sostener destruyen. En lo mas interior está *el adoratorio*, el sitio de mas veneracion, ó como quien dice, el *sancta sanctorum* de los musulmanes. Allí es donde llevaba TIRABEQUE esperanzas de ver el zancarron.—A ver á ver ese zancarron, les decia con mucho desembarazo á los hermanos capitulares, que si es tan grande como la fama que tiene, no sé cómo pueda caber en este cochitril como no sea en frigmentos.—Eso no se halla aqui ya, le respondian; se cree que estubo, sí, pero ahora no existe.—¿Y no se sabe qué se hizo el santo Zancarron?—El llamado zancarron de Mahoma no era santo, hermano TIRABEQUE, sino que llama asi el vulgo á alguna costilla ó reliquia del profeta que adoraban aqui con gran veneracion y respeto sus sectarios.—¡Aáááh! ¿Con qué era una pata?—Una cosa asi. Y el modo de adorarle era dirigirle sus oraciones andando al rededor del relicario arrimados á la pared para no volverle nunca la espalda. Ande vd. un poco por ahí, y notará vd. la parte del pavimento gastada con el continuo roce de los pies, y eso que el pavimento es de piedra y los pies los llevaban desnudos: verá vd. como parece hundida y mas baja que el resto del suelo.

Púsose TIRABEQUE á andar en derredor, y como yo observase que meneaba los labios, «¿pues qué? le dije; ¿estás tú tambien haciendo oracion al profeta?—No señor, al profeta no, pero al zan-

carron sí.—¿Y qué le dices, hombre?—Señor, estaba aquí recapacitando....

Dichoso el tiempo del moro,
que por toda religion
se adoraba un zancarron,
y hoy se adora....—¿A quién?—Al oro.
Que ahora los nuevos cristianos
no van teniendo, voto á brios,
mas religion, ni mas Dios
que llenar de oro las manos.

Y recoger muchos doblones
son su religion y sus zancarrones,
y por dinero quieren ser empleados,
y por dinero quieren ser diputados,
y por dinero arman conspiraciones,
y como el oro son sus zancarrones,
por eso nunca se hacen bien las revoluciones.

—¿Estás borracho, PELEGRIN, para hacer unos versos tan descompasados y tan ramplones?—No señor, sino que como ando al rededor se me habrá ido algo la cabeza.

Reíanse los canónigos de la oracion del lego, mas yo á trueque de que no disparatára por mas tiempo le saqué de alli, y pasamos á una nave, donde habiendo mirado TIRABEQUE hácia la bóveda exclamó: «Señor, señor, qué cuerno tan grande se ve alli colgado!—Déjame en paz, hombre, le respondí, ese será el cuerno de la abundancia que estará pintado en el techo, cosa muy natural en una catedral tan rica como esta.—¡Ay, P. FRAY

GERUNDIO! —esclamó un canónigo lanzando un suspiro que parecia salia de un subterráneo: antiguamente habia en Egipto unas ollas muy abundantes, y hoy dia puede dar gracias el Bajá de que entre los libres y los déspotas le hayan dejado carne para el puchero. Por lo demas eso que vd. llama cuerno, hermano FR. PELEGRIN, y que efectivamente cree el vulgo que es uno de los de un buey que acarreó todas las columnas de este templo, tengo para mí que ha de ser el colmillo de un elefante. El sitio donde está colgado se llama *el punto*, y asi habrá vd. oido acaso decir que Córdoba tiene

la verdad en el campo,
la merced en el matadero,
la caridad en el potro,
y el punto en un cuerno (1).

Pasamos á la *capilla del cautivo*, donde se ve una especie de balconcillo de hierro clavado en una columna de jaspe, dentro del cual se observa un Cristo crucificado ahondado en la misma piedra, cuya efigie es fama y tradicion muy corriente que la hizo con la uña un cautivo que alli tenian preso los moros (2).—¡Con la uña dice vd.

(1) Nace este adagio de la circunstancia casual de hallarse los edificios ó establecimientos llamados por egemplo *la Merced* ó *la Caridad* en sitios conocidos por los nombres de *el potro* ó *el matadero*.

(2) Hay á su lado dos inscripciones, una latina que dice:

Hoc sua dum celebrat Mahométicus orgia templo,

que lo hizo, Padre capellan! exclamó TIRABEQUE con precipitacion.—Sí señor, así se cree vulgarmente.—Pues mire vd., hermano racionero, ó lo que vd. sea, yo vengo de Madrid, donde he conocido los hombres de uñas mas largas y mas disformes que ha habido en todos estos años, y que han sabido hincarlas bien de firme, pero lo que es labrar el jaspe con ellas como este cautivo, no sé yo que lo haya hecho ninguno.—Eso tambien podrá consistir, dijo el canónigo, en que los de las uñas largas que vd. ha conocido, y que por aqui tampoco han faltado, no se han visto cautivos nunca, sino siempre libres, muy libres siempre, y así no se han entretenido en labrar Cristos ni cruces.—Y diga vd., hermano cabildero; ¿se sabe si el cautivo ese habia sido ministro de hacienda?

Díjele al canónigo que no hiciera caso de semejantes preguntas, y fuimos revisando los sitios en que reciben honor y premio los hombres insignes de España, esto es, los sepulcros. Vimos pues las sepulturas de Alderete, de Lope y Rueda, de Pablo de Céspedes, de Inca Garcilaso de la Vega y de otros varios hombres distinguidos que en Córdoba

*captivus Christi númina vera vocat,
et quem corde tenet rígido saxo ungue figurat,
aureolam pro quo fune peremptus habet.*

Y otro en castellano que dice así:

El cautivo con gran fé
en aqueste duro mármol
con la uña señaló
á Cristo crucificado,
siendo esta iglesia mezquita,
donde le martirizaron.

murieron. Enseñáronnos despues las preciosas alhajas del templo, y entre ellas la famosa y riquísima custodia; cuyos adornos de follageria y crestería son de tan esquisito y delicado gusto, que con razones dice de ella un escritor moderno, que «es obra tan esbelta, lijera y delicada, que parece imaginada en un sueño y ejecutada en un soplo» Respetóla Dupont en gracia de su belleza, cuando entró á saco en aquella ciudad y por lo visto tambien escapó de la requisa de Mendizabal, que es como haber pasado el cabo de Hornos y el estrecho de Magallanes.

Mucho mas vimos, pero no todo se puede decir en una capillada.

LA PATA, Y NO DE TIRABEQUE.

Ya que por la mañana habiamos ido á ver el *sancarron* era menester por la noche ir á ver *la pata*; *la PATA DE CABRA* que se representaba aquella noche en el teatro, y que verdaderamente no fué pata sino una coleccion de patadas que los cómicos dieron al público muy á su sabor. Yo no he visto un D. Simplicio Majáderano de Bobadilla Cabeza de Buey, ni mas Simplicio, ni mas Majaderano, ni mas Bobadilla, ni mas Cabeza de Buey: me parece que no se puede decir mas en elogio de lo bien que desempeñaria su papel: ni he visto una Leonor mas aleonada, ni un don Lope mas lupino, ni un Cupido en que cupiera me-

nos, ni unos Cíclopes mas enciclopédicos, ni un Vulcano mas volcanizado, ni un gigante de mas gí-gote, ni un juego de maquinaria mas desmaquinada y menos jugadora.

Era la última representación de la temporada ó año cómico de aquella compañía, porque en Córdoba fuera el mayor de los escándalos el que hubiese fracciones teatrales en cuaresma: y no es poco si las hay en carnaval en un pueblo donde hasta hace dos años habia sido cuaresma siempre. Con este motivo quisieron despedirse del público cordobés con gracias añadidas de propio ingenio, para lo cual entablaban frecuentes diálogos sumamente familiares ó de confianza entre sí; tal como cuando á D. Simplicio se le aparecia el gigante por escotillon, que como tardasen los maquinistas en bajarle mas de lo regular, y se hubiera agotado ya el diálogo de la comedia, le decia D. Simplicio: «¿por qué no bajas, hombre?—Anda y pregúntaselo á los que me han de bajar.—Pues dí algo, no te estés tan callado.—¿Qué he de decir? Que esas cuerdas con que tienes atado el vigote á las orejas parecen dos maromas.—Anda, que ya poco tiene que durar. ¿Y es la primera vez que me le ves?—No, que ya te le he visto seis noches con esta (1).

Cuando principió á bajar el gigante, le dijo don Simplicio: «al llegar al agujero recoge bien esos brazos no te se queden fuera como la otra noche, y mira no rompas el vestido, que ya sabes que nos cuesta el dinero.»—Sin embargo no

(1) Era la sexta representación de la cabra.

El rancho patriótico,

Y LAS ERMITAS SIN ERMITAÑOS.

Los gefes y oficiales de la milicia habian tenido la obsequiosa bondad de invitar á mi reverendísima para que los acompañara á un rancho patriótico que se acordó dar á los nacionales de ambas armas el martes de carnaval al lado del ex-convento de la *Arrizafa*, en las afueras de la ciudad y al pie de la sierra. Con esta ocasion mi paternidad resolvió en consejo de amigos emplear la parte de aquella mañana precedente á la hora del rancho en visitar las famosas *ermitas de Córdoba*, sitas en un alto cerro de la Sierra-Morena, sitio que muy justamente suelen visitar con afanosa curiosidad los viageros, y principalmente los extranjeros que transitan por el pais.

Hicimos nuestra espedicion todos á caballo, excepto TIRABEQUE que quiso por devocion entrar en las ermitas como habia entrado la Virgen Santísima en Jerusalem. Cuando llegamos, la puerta estaba cerrada, y alli falló el *pulsate et aperietur vobis* de la escritura, pues por mas que llamamos no hubo quien nos abriera, no habia nadie alli. Pero TIRABEQUE con varonil resolution trepó por la tapia, y tomó las hermitas por asalto. Buscó una escalera de mano, nos la echó, y todos fuimos subiendo, zampándonos en seguida en el eremítico recinto. Consiste este en un cercado que abraza toda la parte superior del cerro,

por cuyo declive están diseminadas las doce ermitas en que vivieron otros tantos ermitaños dedicados á la vida ascética y contemplativa hasta que fueron suprimidos hace cinco años, aplicado el terreno y habitaciones á la amortización, y comprado despues por un particular. Aquella sociedad no era patriótica, y tambien fué suprimida.—¿Qué te parece, PELEGRIN? le decia yo: ¿no te dá lástima ver esto tan yermo y despoblado, cuando no ha mucho que estaria animado con la presencia de aquellos buenos varones que venian aqui voluntariamente á hacer una vida de religioso apartamiento, vestidos del saco y del silicio, pasando tranquila é inocentemente el tiempo, ya en sus oraciones, ya en fabricar sus rosarios, ya en cultivar cada cual uno de estos huertecitos, donde crecen mezclados los naranjos, los olivos, las encinas, los laureles y cinamómos, y las alegres y vistosas florecillas? ¿No te da pena ver desierto un sitio de tan poéticos y religiosos recuerdos? —Señor, me dijo, se equivoca vd., porque alli abajo estoy viendo yo una comunidad de ermitaños, que me parecen mas que los que pudo haber en otros tiempos.—¿Cómo es posible, hombre? ¿Dónde están? —Alli, señor, véalos vd.

Era una piara de puercos que estaban comiendo los tallos de las azucenas y los pies de los claveles. Reímonos todos de la maliciosa socarronería de TIRABEQUE. En esto llegó el hortelano Bartolomé Carmo-
na, que nos sirvió de guia para ir viendo las ermitas. Todas son sencillas, pequeñas é iguales, y sencilla, pequeña é igualmente se están cayendo ya todas. Pasamos á la ex-capilla y casa del hermano mayor,

donde hicimos á nuestro *Cicerone* varias preguntas relativas á los antiguos habitantes de aquellos lugares, á todas las cuales respondia el hermano Bartolomé (que no he visto un *mé* que esté mas de sobra): «de eso yo no puedo dar razon á sus mercedes porque yo no era de ellos: yo de eso no sé, porque no estaba aqui entonces.»—Hermano Bartolo le dijo TIRABEQUE. ¿Vd. ha visto muchas oficinas?—Yo no sé de ofecinas ni de esas cosas.—Pues amigo, si vd. quiere saber como están muchas de ellas, no necesita vd. salir de aqui, porque están como estas ermitas: como los oficiales son siempre nuevos, asi dan ellos razon de los expedientes como vd. de los ermitaños: como no han estado alli, no pueden dar noticia de ellos. Crea vd., amigo, que hay en las oficinas muchos Bartolomès Carmonas.

El punto de vista de las ermitas es de lo mas delicioso que cabe en la naturaleza. Desde alli se divisa una inmensa esplanada de muchas leguas de feraz terreno, se ven correr las aguas del Guadalquivir que pasa lamiendo las murallas de Córdoba, y tendiendo la vista por la falda de la sierra se recrean los ojos en un continuado jardin de muchas leguas de estension poblado de multitud de quintas; pero jardin natural porque alli nada puede decirse que es de la mano del hombre, todo es de la naturaleza, que ella sola es la que produce, la que prodiga las olorosas flores que embalsaman la atmósfera con su aroma. Aquello es la España, porque en la España y alli dijo la naturaleza al hombre «yo quiero ser rica y jenerosa contigo:» y alli y en España respondió el hombre á la naturaleza: «sélo enhorabuena.» Y en España y

allí dijo la naturaleza: «pero es preciso que tú me ayudes»; y allí y en España contestó el hombre: «déjame en paz, que yo me voy á tomar el sol.» Y en España y allí dijo la naturaleza: «pues lo haré yo sola:» y allí y en España contestó el hombre: «pues hazlo.» Y se echó el hombre á dormir, porque tenia sueño; y la naturaleza continuó en su buen pensamiento sin darse por desairada, y así seguimos.

Miraba Tirabeque con mucha atención á una de las huertas que desde allí se veían, y dijo uno de los hermanos acompañantes llamarse la huerta favorita. «¿Qué es lo que miras tan de hito en hito? le pregunté.—Señor, me respondió, estoy mirando aquel pino tan alto y tan hermoso que está solo en medio de aquella calle de árboles que hay en aquella huerta, que parece como si hubieran querido dejarle de único regente de la alameda, y tengo para mí que á los otros árboles no debe gustarles mucho porque denotan estar muy malencónicos. Mejor pienso yo que hubiera sido dejar tres pinos en medio en lugar de uno.—Verdad es, PELEGRIN, que mirado por el punto de la regencia también tendría por mejor que fuesen tres en vez de uno, aunque no así por el punto de la hortología que es el que aquí rige; pero en cuanto á que los demás árboles esten mustios no hay nada que extrañar porque son llorones, y créete, PELEGRIN mio, que nunca faltarán llorones en derredor de los árboles regentes, ya sea uno, ya sean tres. ¡Ay PELEGRIN! ¡Cuántos llorones habrá que llorarán porque querran ser pinos!

Acordóse bajar al sitio del rancho, donde ya

aguardaba la tropa con armas en pabellon y cucharas en mano. La reunion estaba animadísima. El rancho no fue muy variado, pero suplió á la variedad la abundancia. Era como el decreto de la Regencia de 28 de febrero, sobre la Marina militar, con la diferencia que este todo se reduce á preámbulo, y aquel era un solo artículo sin proemio alguno. Tirabeque comia como un nacional, y engullía como un lego. Convidábanle todas las compañías, y él andaba de rancho en rancho tomando de aquí y de allí á manera de comisionado verdadero ó de visitador de boticas, y el muy galoposo á todos los iba halagando con una quintilla que verdaderamente no parecia suya. Era ésta, si mal no me acuerdo:

**Han dicho que dábaiis palos,
mas hoy estais muy córteses,
y yo al ver vuestros regalos
digo que no son tan malos
los trancazos cordobeses.**

Con estas y otras cosas es lo cierto que él recibió mas vivas que hubiera recibido el Duque de la Victoria mismo, á que él correspondia con otros muy desaforados á la libertad, á la milicia nacional de Córdoba, y á la independendencia nacional. Y yo Fr. GERUNDIO en obsequio de la verdad debo decir que me complació sobremanera, asi la union y armonía como el entusiasmo patriótico que reinaba en aquella renaciente milicia, tan crudamente perseguida hasta poco há, y de que tanto par-

tido podia sacarse en lo sucesivo; así como debo decir tambien que á pesar del bullicioso júbilo y del ordenado desorden que allí habia, ni el mas leve esceso ni desman cometieron ni entonces ni despues aquellos buenos ciudadanos.

Esto, y la circunstancia de haberse celebrado aquella funcion cívica en el convento de la *Arriaza* me recuerda, á mi FR. GERUNDIO, el curioso resultado que tuvo otra reunion de la misma especie é igualmente inocente que se celebró en aquel mismo sitio en la primavera del año 23. Formóseles á los allí reunidos tan pronto como el absolutismo se restableció una causa criminal, y creo que mis lectores no leerán con disgusto el siguiente originalísimo y barbarísimo *auto*, dictado por un antiguo letrado que llamaban D. Juan Patricio Madroño, y que obra en *cabeza de proceso*.

« En esta ciudad de Cordoba (dice) á 10 dias del mes de noviembre de 1823 años, el Sr. Don José Alfaro Corregidor, justicia mayor y capitán á guerra de ella, habiendo visto la presente *criminal causa oficiosa*, y en la que resultan *reos sacrílegos de ideas regicidas y deicidas* contra ambas Magestades divina y humana, y aun *delineantes del estado sacerdotal regular con criminosa ignominia del sacro ministerio de la misa y de la predicacion evangélica con cantos tiránicos y escandalosos dentro y fuera del templo de Dios y en sala de profundis*, que todo católico cristiano debe adorar y reverenciar, á saber: D. Romualdo Rodriguez, D. Diego Bernia, D. Manuel Gonzalez, D. Rafael Mancha secretario de la Junta consti-

tucional prohibida (1), D. Antonio de Torres, Don Mariano Portichuelo, el atroz sastre granadino (2), el escandaloso D. Rafael Camacho (3), los hijos disolutos del cirujano D. Joaquín Hidalgo y sus hijas disolutas (4), y Doña María Veduzi madre política del D. Romualdo; su señoría dicho señor Corregidor, animado del gran celo que tributa al supremo Criador y del que se merece S. M. el rey nuestro señor D. Fernando 7.^o, la Reina nuestra señora, los serenísimos señores infantes, la A. R. el Sermo. Sr. Duque de Angulema y demás familias reales, debía de mandar y mandó, que inmediatamente y con el correspondiente sigilo y precaución se capturen y pongan presos en la real cárcel á los referidos hombres y mujeres, con el destino proporcionado al sexo masculino y femenino, recibiendo sus declaraciones juradas á los referidos reos capturados ó reas presas, con embargo de bienes que corresponde se les confisquen, á disposición del rey N. S. y en su defecto del supremo tribunal de la real chancillería de Granada cuyas prisiones indefectibles, embargos de bienes indispensables y secuestros urgentes y necesarios, evacuado todo como enseñan los mejores autores prácticos forenses y especialmente la instrucción de señores corregidores, vuelva la presente criminal causa oficiosa al infrascrito asesor, que

(1) La diputación provincial.

(2) Casi enano, y tartamudo además. Pereció este infeliz prisionero de Gomez en 1836.

(3) Era el reverso de la medalla.

(4) Ni merecía esta honrada familia semejante calificación, ni concurrió allí siquiera.

con la solemnidad que preama el derecho acepta y jura previamente su nombramiento para dictar providencia. »

Y todavía, leído esto, nos vendrán ponderando nuestros juristas á Bentham y otros miserables leguleyos !

Concluido el rancho, nos retiramos amo y lego á disponer nuestra salida de la ciudad para cuando aquellas buenas jentes nos permitieran, que permiso y aun súplicas formales eran menester para ello.

Esta epístola, amados leyentes míos, deberíais haberla recibido hace dos ó tres correos, pero fatalmente se le antojó á la salud gerundiana tener en Sevilla una alteracion retrógrada (que retrógrada había de ser la maldita para ser buena) con cuyo motivo y el de haber pasado unos días, cual no quisiera que los pasárais vosotros, no me ha sido posible concluir la hasta el día de hoy. Algo me habré detenido demás en la descripción de las escenas cordobesas, y eso que aun ocurrieron otras mil que suministrarían abundante material para la capilla, mas ya procurará mi reverencia en lo sucesivo contraerse todo lo posible, por si tal sistema no os agradara. Recibid entretanto la bendición de vuestro FR. GERUNDIO y los mas almivarados cariños de vuestro TIRABEQUE.

Editor responsable, F. de S. Fuentes.

MADRID:

IMPRENTA DE MELLADO, calle del Sordo, n.º 11.